

NICOMEDES GUZMAN en mi RECUERDO

(683005)

por Irma Barón Véliz

¡Es bueno recordar!

Empastados en leves tintineos o en secura orquestación, viene el recuerdo el pedazo de agarrarse —con garfios— al corséto del hombre.

Fuente generadora de sonrisas —a veces de amargura— en su abrigo no sede en sombra y pose con el hombre, entre el ayer y el hoy. Le sumerge entre las manos cambiante: de soles a de sombras.

Recordar es como un modo de vivir. Como de nuevo verse el rostro, sin espejo. Un cumulo sin pasos. Una escapada, estadio en un punto preciso de la vida.

No me sorprendí cuando, conversando sobre Nicomedes Guzmán, un querido y viejo amigo me propuso: —¡Escribeme algo sobre él que esté prendido a tus recuerdos!

Me pareció que en ese instante dormí en el tiempo. Volví a crecer. Me debute en un tramo...

UN PERSONAJE Y LA VIDA

—Hace mucho tiempo!

Volvíamos en un metro Matadero-Palma, en dirección al centro. De pronto, a la altura de la calle Victoria, se levanta de su asiento y me coge fuertemente de la mano, llevándome.

—¡Bajémonos, ven, apítate!

Me resisti.

—¿Qué pasa?

—¡Bajémonos, te digo!

Me lleva como volando, me recibe al bajar del metro y corre conmigo por la acera. Debíamos una esquina, se detiene, me dejó, desorientada, a la puerta de un despacho... entra en él, compra dos panes que retira sin envolver, me coge de la mano y vamos corriendo otra vez. Se detiene en seco frente a una perra sucia y escuálida que caminaba lentamente.

—Mírala! —me dice— mírala, parece recién parida, y no tiene ni lechal! ¡Pobrecita!

Así, así como ésta era la perra de "La Carne Iluminada"!

Anotaba todo con pasión: sentía las cosas y las aceras con fibras vivas, palpitanca. Lo trascendía la piedad, esa piedad —como él lo dijo— "que tiene manzanas y pechitas para convertirse en amparo todos-días-amparo."

DEDICATORIA MACABRA

Hablar de Nicomedes Guzmán, el gran novelista chileno, el caudillo de los "hombres oscuros" de mi patria que la dedicatoria de su primera novela va dirigida en términos de, a su padre, heredero ambulante, y a su madre obrera doméstica, es insufrible. Pero la dedicatoria impacta.

En 1962, año de su primer viaje a Chile, el notable escritor español Camilo José Cela, me dice:

—Es una dedicatoria impresionante y macabra. Presentame a este hombre.

Se conocen, se turban como viejos amigos, se intercambian sus libros, y el novelista hispano declara: "Nicomedes Guzmán es indudablemente el novelista más trascendental de la juventud literaria de Chile, y sabe cantar en medio de la desdicha".

Sin embargo, la insistencia sobre el ambiente de donde surge nuestro escritor, es tan importante como su obra literaria. Esta es el flujo y reflejo de una marca humana, de barriles donde la miseria es

estímulo —amargo y doloroso— pero semilla de lucha.

Su padre, maquinista de tranvías urbanas, poblador de Quinta Normal abajo, transcurriendo de calles resbaladizas por el lodo, dueño de vehículo —un carroton de mimo para llevar pasajeros y cargas— heredero que no grita su mercancía porque tiene campanilla, y tiene un nieto, Oscar —hijo mayor del novelista y hoy periodista de fina sensibilidad— que entabla la campanilla y la hace repliquear en cada esquina.

Su madre, una mujer de espíritu valiente, bíblica, lavadora de "lavado ajeno" cuando los ingresos fueron pocos —es decir normal, para el anormal despliegue de fuerzas del obrero—, cocinera del plato sencillo, y que sabría distinguir muy bien entre la comida de semana y la del día domingo.

Cuando Nicomedes hablaba de ella, su admiración ocupaba el lugar de su ternura.

—¡Puchas, la vieja macanuda dicta.

UN PLATO DE "PANCUTRAS"

Un día en que el escritor almorzaba en mi casa, le serví una receta que comía), en un plato de laca, blanco y orillado de flores rosadas, plato de cerámica antigua, fino, con el sello de garantía y orgullo de la laca inglesa en el dorso. Era, entre mis platos, un "plato fuñcho", como se dice en la jerga doméstica, en decir, no de "juego de laca", y que probablemente llegó a mi poder como aporte familiar o en alguna compra de liquidación de laca suelta.

A mi comensal, después de mirar atentamente el plato, se le iluminó el rostro.

—Oye, me dijo, este plato es idéntico a uno en que mi madre nos servía "pancutras" cuando yo era niño. Es idéntico. Este plato es un trozo de mi infancia.

Continuó entusiasmado:

—¡Túca que regalármelo! ¡Lo colgaré en el salón, lo compararé un atril!

—Llávalo, dije.

Cuando terminó de servirse en él, fue a la cocina y lo llevó él mismo. Volvió, mirándolo atentamente, y lo guardó en su portafolios entre sus borraduras de escritor.

—¿Sabes? —me dijo—, el plato de mi madre era más noble que éste.

—¿Por qué? ¿No es igual?

—Sí, es idéntico. ¡Pero el plato de mis pañuelas tenía una salvajura!

Ese día hablé mucho de Rosa Garzón y de Nicomedes Vásquez, sus padres. Su palabra era como un olor de vida enternecedora. Las imágenes de sus progenitores quedaron fundidas para siempre en "La Sangre y la Esperanza", en Guillermo Quijodrán y Latorre.

ASI LO REGUERDO

Era moderno y bajo, de mirada viva, y ademanes varoniles. Su pelo oscuro y endulzado, comar-

MAPU 77° 7°
SANTO DOMINGO

ANNO 1973.-

MAPU 3

Nicomedes Guzmán en mi recuerdo [artículo] Irma Barón Veliz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Barón Véliz, Irma

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicomedes Guzmán en mi recuerdo [artículo] Irma Barón Veliz.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)